



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 7 DE ABRIL DE 2019

Olga de León / Carlos A Ponzio de León

Ríos con caudales y sin ellos

EL RÍO PILÓN

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

El bajo nivel del agua del río podía notarse estando parado desde la orilla. Cualquiera de los muchachos hubiera podido introducirse únicamente hasta las rodillas. Algunos comenzaron a quitarse zapatos y calcetines, pero antes de que logaran zambullirse, apareció una víbora nadando frente a ellos: cincuenta centímetros oliváceos que zigzagueaban sumergidos, seguidos por los desorbitados del grupo de muchachos que comenzó a vestirse nuevamente. Solo el oriundo de Rayones pidió calma y se introdujo en el río Pilón, una vez que la culebra desapareció del tramo. “No hacen nada”, les dijo, “vénganse”, pero nadie le hizo caso, aunque tampoco nadie se echó a correr. El joven de quince años salió del agua cuando nadie lo siguió.

Anochece y el trayecto que faltaba sobre la tierra rojiza hasta la casa no estaba alumbrado, solo bordeado por árboles y hierba, y por el olor a bosque húmedo, sin que la luz de la luna alcanzara a iluminarlo. Caminaban de regreso sin distinguirse los unos de los otros, a pesar de que los seis muchachos caminaban en una sola hilera, tomados de las manos, sintiendo el sudor a pesar de la noche fría, entre los dedos.

Caminaron quinientos metros, en total oscuridad, hasta la casa dentro del rancho. Encendieron luces, prepararon huevos con chorizo y luego, algunos de ellos se metieron a las recámaras para dormir.

Dos jóvenes se quedaron platicando en el zaguán. Los dos eran seguidores de Pedro Infante, y uno de ellos se conocía las más de sesenta películas que su ídolo había filmado. El otro sabía de memoria treinta de sus canciones. Esa noche sacaron la guitarra y cantaron y platicaron hasta el amanecer.

El que tocaba el instrumento musical había robado una pipa y tabaco de la oficina de su padre. Cerca de las tres de la mañana encendió una de tabaco Virginia con aroma a manzana. Daba fumadas lentas, dejaba luego la pipa sobre la mesa y continuaba con otra canción.

Cuando llegaron a “Amorcito corazón”, el alba comenzaba a despuntar. Sintieron sueño, pero no quisieron ir a dormir. Prefirieron que dieran las siete de la mañana para que el resto de los amigos despertara. Para las nueve habían desayunado y se encaminaban todos rumbo al centro del pueblo. Y allá, volvieron a encontrarse con un tramo del río Pilón, que más que rodeado por hierbas, corría bajo un puente de asfalto en la pequeña zona urbana.

El agua se veía segura. Una vocecita que aparentemente había permanecido dormida durante toda la noche comenzó a entonar “Amorcito corazón, yo tengo tentación...”. Se miraron los unos a los otros y el chico de Rayones les dijo: “No pasa nada”, comenzando a quitarse zapatos y calcetines.

No pasaron ni quince segundos de que se había introducido hasta la cintura, cuando aparecieron dos víboras nadando. Lo rodearon sin tocarlo. El joven era como una culebra gordita amiga de las otras dos. Los demás chicos lo siguieron. Se quitaron zapatos y calcetines y se introdujeron en el agua cristalina llevando sus pantaloncillos cortos de verano.

Cuando los seis estuvieron adentro, las culebras se alejaron, como si fueran platicando entre ellas algún chisme de su comunidad, o comentando lo agrad-



ables que se veían los jóvenes en el agua del río Pilón.

LA IDEA ES QUE NO HAY IDEA

OLGA DE LEÓN

Había una vez, en una tierra lejana y poco conocida por el resto del mundo, un gobierno que imponía ciertas normas a todos los que allí habían nacido, los que allí vivían y a quienes llegaran a asentarse en ella por la razón que fuera, y a todos los que quedaran viviendo entre sus habitantes ya sea solo por unos días, meses, años o el resto de sus vidas sobre la faz de aquella tierra.

Por decreto del monarca debía cumplirse al pie de la letra lo que decía la Carta Magna, que consistía en una sola ley de la cual se derivaban todas las demás. Esa Ley había sido impuesta por un sabio monarca que ahora recién había llegado a los sesenta y seis años de edad. Pero, la Carta Magna tardó en tenerla lista poco más de una década a partir de los veinte años, en que tuvo la idea de heredar un legado tal a sus súbditos. Así que cuando cumplió la mayoría de edad, que por entonces y en esos lares era a los treinta y un años, mandó que fuera inscrita en pergamino original con letras impresas en tinta de oro y plata. El sabio monarca llegó a gobernar por más de cincuenta años, desde que él ascendiera al cargo por designio de los dioses cuando apenas era un joven mozo de diecisiete años, y terminaría su mandato cuando cumpliera setenta y un años, o antes si alguna enfermedad grave lo aquejara.

Cierto día de invierno arribó a la frontera de ese país, al que sus habitantes llamaban, Cielo, por aquello de que la bóveda celeste representaba su mayor reto; y todos anhelaban algún día poder tocar con sus dedos la gloria de sentirse por fin libres para volar por encima de las copas de los árboles y llegar hasta la

cima de sus montañas, estando así a menos distancia del Cielo que cuando tenían sus pies pegados al suelo. Pues bien, resulta que ese helado día, entró un hombre barbado que parecía no caminar sino flotar sobre la tierra y los lagos a no demasiada distancia, pero sí la suficiente para captar que sus puntiagudas zapatillas no las traía de ninguna parte sucias. No se les veían rastros ni de barro, ni de humedad o agua, mucho menos de pedazos de yerbas o areniscas de las playas que circundaban su nación.

Lo vieron llegar, pero nadie supo en donde se hospedaba o en la casa de quién se había quedado. Después de ese día en el que todos se percataron de su llegada, nunca más volvieron a verlo. Pasaron varios días, tres meses y diez días, y de pronto e de los zapatos puntiagudos reapareció en la Plaza y habiendo colocado una mesa pequeña y una silla detrás de ella y otra delante, se sentó a esperar que alguien se acercara.

No esperó mucho tiempo, pues a las dos horas, una niña se acercó y le preguntó si podía sentarse en la silla que estaba desocupada y en la que ella quedaría frente a él. Mientras, los que andaban por ese rumbo ya para ir a la Iglesia, a alguna oficina de consultas públicas, o simplemente porque por allí tenían que pasar para ir a cualquier otro destino, comenzaron a detenerse y se quedaron cerca de la mesa y la niña; en realidad, se detuvieron a ver qué sucedería entre ella y el extranjero.

Repentinamente, la niña que había permanecido en silencio frente al de las zapatillas puntiagudas, se levantó y fue por un lado de él para decirle algo al oído. El hombrecito asintió con la cabeza y la niña vuelve a sentarse, pero ahora saca de las bolsas de su vestido una pequeña libreta y un objeto con un extremo puntiagudo, un lápiz, y comien-

za a escribir sin que nadie alcanzara a ver, qué era lo que anotaba.

Pasadas otras dos horas de que el extranjero sacara la mesa, las dos sillas y la niña se sentara frente a él, este empezó diciendo: “¿Quién quiera que se cambie alguna de las leyes de la Carta Magna, dígalo ahora o calle para siempre”. Nadie dio opinión ni hizo propuesta alguna. Entonces, viéndose los unos a los otros, y como si adivinaran lo que el otro pensaba, emprendieron una suave retirada y dejaron sola a la niña, a merced del intruso que al parecer ya se había integrado al grupo de ese pueblo.

Un pequeño que de entre los del pueblo se había quedado parado por un lado del extraño, mirando a los ojos a la niña, le preguntó: “¿qué fue lo que le dijiste al oído a este hombre?” Y la niña le contestó: Solo le pregunté que cómo se llamaba, que qué hacía aquí en nuestro pueblo y que si podía tomar nota de lo que sucedería, después de que los demás preguntaran sobre la razón de que él rompiera la primera regla de nuestra Carta Magna, que dice: “Nadie podrá obligar a otro que haga tal o cual asunto, cómo hacerlo y para qué y por qué hacer, lo que sea que cada quien quisiera hacer”. Pues si se rompe una norma, hacer lo propio con las demás solo será cuestión de tiempo.

La Carta magna muchas veces había sido mancillada, mutilada o violada a ojos vistos, sin que nadie protestara. Pero tuvo que venir un extraño para que los atropellos salieran a la luz del día. La niña representó desde entonces la Nueva Era. Y el duende de las zapatillas puntiagudas, la gota que derramó el vaso de la tolerancia.

Si alguno encontró el caudal de este río, cual ideas dispersas, mago será; pues la idea es... ¡que no hay idea!



Gabriela Mistral

(Seudónimo literario de Lucila Godoy Alcayaga; Vicuña, Chile, 1889 - Nueva York, 1957) Poetisa y educadora chilena. Tras el declive del modernismo, parte de la lírica hispanoamericana de los años de entreguerras siguió los pasos de las vanguardias europeas: citando solamente ejemplos chilenos, éste sería el caso de Vicente Huidobro, fundador del creacionismo, o de Pablo Neruda, deudor del surrealismo en Residencia en la tierra.

Gabriela Mistral es la figura capital de esta última tendencia: tras unos inicios aún marcados por el modernismo, desarrolló una expresividad propia basada en un estilo elemental de imágenes intensas, con el que desnudó su intimidad dolorida y un corazón rebosante de amor, volcado (tras el amor trágico de Desolación) sobre los niños, los desvalidos o su propia tierra, en tonos hondamente religiosos.

Como poetisa, Gabriela Mistral se dio a conocer en los Juegos Florales de Chile en 1914 con Los sonetos de la muerte, nacidos del dolor causado por el suicidio de su prometido, el empleado ferroviario Romelio Ureta, a quien había conocido en 1906. Firmados ya con el pseudónimo de Gabriela Mistral (formado a partir de dos autores admirados, el italiano Gabriele D'Annunzio y el poeta provenzal Frédéric Mistral), estos tres sonetos fueron incorporados en 1922 a una colección más amplia de sus versos editada por el Instituto Hispánico de Nueva York bajo el título de Desolación.

Ese mismo año dejó Chile para trasladarse a México, a petición del gobierno de este país, con el fin de que colaborara en la reforma de la educación iniciada por José Vasconcelos. En México, Gabriela Mistral fundó la escuela que lleva su nombre y colaboró en la organización de varias bibliotecas públicas, además de componer poemas para niños (Rondas de niños, 1923) por encargo del ministro de Instrucción Pública mexicano, y preparar textos didácticos como Lecturas para mujeres (1924).

En 1945 Gabriela Mistral recibió el Premio Nobel de Literatura (fue la primera concesión a una escritora en lengua española) y en 1951 el Premio Nacional de Literatura de Chile. Siguió su carrera diplomática y con ella sus numerosos viajes hasta su fallecimiento en Nueva York, en 1957. Por deseo de la propia Mistral, sus restos fueron trasladados a Chile y fue enterrada en Montegrande: dejaba tras de sí algunas obras inéditas, para su publicación póstuma.

La obra de Gabriela Mistral pasó por distintas etapas; en un primer momento, con la publicación de Desolación (México, 1922), existe un fuerte predominio del sentimiento sobre el pensamiento, a la vez que una cercanía muy estrecha con lo religioso. Los temas que aparecen en este libro, bajo una profunda reivindicación del retorno a valores de una trascendente espiritualidad, giran en torno a la frustración amorosa, al dolor por la pérdida, la muerte, la infidelidad, la maternidad y el amor filial, todo ello envuelto en la reflexión adulta de la poetisa, que vivió el suicidio de su amado como una pérdida irreparable.

ad pédem literae

“Donde haya un árbol que plantar, plántalo tú. Donde haya un error que enmendar, enmiéndalo tú. Donde haya un esfuerzo que todos esquivan, hazlo tú. Sé tú el que aparta la piedra del camino.”

Gabriela Mistral

Letras de buen humor

“La experiencia es como un billete de lotería comprado después del sorteo”

Gabriela Mistral



una reflexión sobre la sexualidad reprimida y la pederastia como perversa consecuencia.

Con todo, Francisco es una rara avis en la jerarquía eclesiástica. Un hombre sencillo, sin móvil ni papamóvil, que no calza los zapatos rojos de Sumo Pontífice ni el anillo del Pescador de oro (el suyo es de plata dorada). Y que no escatima en críticas a la actual tendencia de los medios hacia la coprofilia, “el amor por

la caca”, en sus propias palabras. Estamos rodeados de titulares de basurero, noticias construidas tan sólo para descalificar y destruir al contrario. En España, el ministro Marlaksa asegura que ya se han drenado las cloacas del Estado. Pero persiste un tufillo que va y viene, entreteniéndonos con sus bajezas para que no calibremos la magnitud de tanta injusticia en un mundo que se ha olvidado de llorar.

Joana Bonet

Un Papa sin móvil

Países que venden armas, como España, y claman a todo pulmón por la paz en el mundo. Católicos de misa dominical que abominan del extranjero que no tiene adónde ir ni adónde regresar, pero al que esclavizan porque acepta hacer el trabajo que ya nadie tolera por dignidad. Jóvenes engañadas que conforman ese monstruo invisible llamado trata, repudiadas por los suyos y marcadas de por vida en el viejo-nuevo mundo.

Muertos escondidos en las cunetas, no vaya a ser que aún caminen. Un buque de piratas buenos que rescatan a naufragos, Open Arms, retenido por un Gobierno socialista, y aplaudido por hombres y mujeres que a la noche descorchan una botella de vino en sus casas. El papa Francisco denunció con firmeza –en ese gran documento periodístico que consiguió Jordi Évole– la cadena de injusticias que reducen ese artefacto llamado sociedad a un vertedero de hipocresía. Actores de un tiempo desnudo de compasión –“el mundo se ha olvidado de llo-

rar”, afirmó– que han sustituido los verdaderos valores por el cumplimiento de cuatro liturgias. Y el amor a sí mismos por el amor al prójimo. Nunca antes se había escuchado un discurso tan socialmente progresista en boca de un líder espiritual de Occidente.

Un Papa rojo, corrieron a llamarle algunos con efecto mediático. “Excepto en la homosexualidad y el feminismo, parece Pablo Iglesias con sotana”, decían en las redes. La programación quiso que fueran de seguido en La Sexta: 61.000 tuits el Papa, 65.000 Pablo Iglesias. Bergoglio se refugió en la hermenéutica para explicar la doble moral que regía entre los curas y las familias que durante siglos abusaron de menores y lo consintieron bajo la omertà. Y el dogma relució en sus palabras cuando se tocaron asuntos referentes a sexo y género. También se mostró sesgado en los lugares comunes que avivan el estigma de lo raro cuando las sonoras cuentas de los obispos y sacerdotes depredadores merecería